

Después del once de septiembre

JAVIER PARDO DE SANTAYANA Y COLOMA*

Aún conmocionados por las sobrecogedoras imágenes del ataque terrorista al Pentágono y a las Torres Gemelas del New York Trade Center, nos preguntamos en qué ha cambiado el mundo, convencidos de que, necesariamente, tiene que haber un antes y un después. Pero, en realidad, todos los elementos que han compuesto este trágico acontecimiento eran conocidos o previsibles. Después de la caída del Muro de Berlín solíamos mencionar el terrorismo juntamente con el crimen organizado, el narcotráfico y la proliferación de armas de destrucción masiva, como uno de los riesgos emergentes catalogados entre los signos de los tiempos, y no hace mucho que el presidente Bush, en su visita a España, recordaba el peligro que este riesgo representa para la Humanidad. Por otra parte, la imaginación de los artistas nos había mostrado escenarios bastante parecidos a los que se vivieron el once de septiembre. Incluso Bin Laden era ya conocido en su siniestra faceta de promotor del crimen.

Pero la osadía que exigiría un ataque terrorista como el perpetrado contra los Estados Unidos nos hacía descartar la posibilidad práctica de que tal cosa ocurriera. Difícilmente podía suponer mente humana alguna que se produjese la diabólica combinación del humilde escenario de la Intifada con el escenario apocalíptico de la Guerra de las Galaxias. Imaginemos un comentario gráfico en el que la primera viñeta representara unos mozalbetes lanzando piedras en una calle de Jerusalén. La

* Teniente General.

segunda representaría la caída de una ingente lluvia de cascotes y estructuras sobre la muchedumbre de neoyorquinos aterrorizados. Para mayor sarcasmo, el título de “Guerra de las Galaxias”, sugerido por el parecido del trágico suceso con escenas cinematográficas de ataques procedentes del espacio exterior, coincide con el del programa defensivo norteamericano más avanzado: aquel que mejor simboliza la superioridad de los Estados Unidos.

Pues bien, esta osadía es la que parece haber abierto la caja de Pandora. Por eso hablamos ya de amenaza. Por eso hablamos de “guerra”. Y por eso la OTAN ha considerado que, por primera vez en la historia, debe aplicarse el artículo 5 del Tratado del Atlántico Norte.

La gran novedad es que la amenaza no proviene, como hasta ahora era habitual, de una nación o de una alianza o coalición de naciones. La amenaza es global. Por eso la respuesta ha de ser también globalizada. De aquí que el primer paso del gobierno norteamericano fuese buscar la concertación mundial y crear una coalición extensa y estable. Una coalición que incluyese el mayor número posible de países musulmanes, para evitar el enorme peligro de caer en un enfrentamiento cultural que daría la razón a Huntington cuando alertó sobre esta confrontación como la causa principal de los futuros conflictos. Por eso, también, una de las primeras iniciativas de Washington fue saldar su deuda con la Organización de las Naciones Unidas. Y también por eso, éstas reconocieron enseguida este fenómeno como una amenaza y apuntaron al terrorismo internacional como enemigo común de toda la Humanidad.

Este es el gran cambio, el gran punto de inflexión. La amenaza es global, y su rostro se difumina en la globalidad. Efectivamente, el mundo ha cambiado desde que le viéramos por primera vez, desde el espacio exterior, como el pequeño planeta azul.

Algunos rasgos de la situación ahora abierta nos dan buenos motivos para la reflexión. Por ejemplo, lo normal era que un riesgo pudiera convertirse en amenaza, y que, si la amenaza desencadenaba una agresión, se llegase a producir una situación de guerra. Curiosamente, de ahora en adelante coexistirán guerra, riesgo y amenaza.

Otro rasgo característico: la amenaza hará uso de la estrategia del débil, y aprovechará las capacidades y el impulso del otro como en las artes marciales orientales; incluso muchos de sus medios serán tomados del enemigo en baratas operaciones de “bricolaje” como aquellas de las que acabamos de ser testigos. Y ni que decir tiene que la amenaza sacará provecho de la debilidad que a corto plazo ofrecen las sociedades democráticas, tan fuertes, en cambio, en el plazo largo.

Pronto se pondrá en duda la utilidad de los ejércitos, de sus medios pesados y de las armas más sofisticadas, y no digamos de los programas de alta tecnología, como el del famoso “escudo antimisiles”. Pero lo que de verdad nos están diciendo los escombros de las Torres Gemelas es que no podemos descartar nada de lo que es posible aunque nos parezca altamente improbable. Y se abrirá un debate sobre cuáles son los medios que debemos emplear, y también acerca de cuál debe ser el papel de los ejércitos en esta lucha. Al final se echarán más misiones sobre las espaldas de los ejércitos, como ya viene ocurriendo desde la caída del famoso muro, y no por iniciativa de los militares, sino por decisión de los líderes políticos de los países democráticos, tan sensibles por otra parte a la opinión pública.

Si los riesgos emergentes se caracterizaban por algo era por que todavía no se contaba con una doctrina bien elaborada para contrarrestarlos ni se sabía bien qué medios convendría emplear. En la comunidad internacional no había una opinión compartida respecto a si procedía o no implicar en esta lucha a las Fuerzas Armadas. Lo que sí parece claro es que las medidas más eficaces serán aquellas que eviten “recovecos” jurídicos que faciliten la impunidad, y también las que faciliten la cooperación policial internacional, permitan localizar contactos o ahoguen las fuentes financieras de los grupos terroristas. En cuanto a las Fuerzas Armadas, su empleo ha sido hasta ahora muy diverso según la panoplia de organizaciones disponibles y la mentalidad y experiencia histórica de cada país. De entrada, son un instrumento capaz de proteger puntos especialmente sensibles, colaborar con información que pueda ser útil al respecto, realizar determinadas operaciones especiales y, naturalmente, ejercer la disuasión o realizar operaciones de castigo contra aquellos estados u organizaciones que alienten, den apoyo o saquen partido de los actos terroristas.

Sobre el combate global contra la nueva amenaza prioritaria planean numerosos peligros, pues aunque sea duro rechazar la condena activa al terrorismo cuando los escombros de las Torres Gemelas se hallan todavía humeantes, no lo será tanto cuando se enfríen los rescoldos, y no serán de extrañar las defecciones cuando se pase de las formulaciones teóricas a las acciones concretas, sobre todo existiendo conflictos abiertos, algunos tan enconados como el palestino-israelí. La misma definición del terrorismo y su atribución al comportamiento de personas, grupos y países darán lugar a enormes discrepancias; de aquí que el Sr. Solana prefiera que las definiciones se limiten a lo que se considera como “acto terrorista”. Y no debemos olvidar que la tan extendida reacción visceral antiamericana jugará tan pronto como empiece la acción, incluso en el seno de los países aparentemente más sensatos.

Desde el final de la Guerra Fría hemos ido pasando, de la ilusión de que podía estarse fraguando un nuevo orden mundial, a una impresión de desorden, transformada ahora en una cierta sensación de caos. Pero, curiosamente, al menos en nuestro mundo occidental, esta sensación de descenso a los abismos coexiste con la pretensión de que se establezca un orden de paz, lo que parece indicar que se percibe cierta posibilidad de alcanzar ésta. El anhelo por la paz es una reacción natural ante la saturación producida por las dos guerras mundiales y la guerra fría, con la amenaza incluida de una confrontación nuclear. En nuestro continente, la esperanza se ve alentada por el positivo desenlace que tuvo la confrontación con el bloque soviético, por el éxito obtenido en el desarrollo del proyecto europeo y por la consolidación del espacio euroatlántico como área irradiadora de paz y estabilidad. En cualquier caso conviene considerar que, por muy negativo que pueda ser, todo cambio ofrece una nueva oportunidad. Por eso, aunque muchos riesgos enturbien la perspectiva, sería bueno aprovechar la reacción unitaria de las Naciones Unidas frente a la amenaza terrorista y el éxito, al menos inicial, de la concertación mundial contra ésta, para iniciar el largo camino hacia la globalización de la seguridad, sobre todo en relación con otras amenazas igualmente difusas y globales como el narcotráfico y el crimen organizado, ligados también frecuentemente al fenómeno del terrorismo.

En la Unión Europea, gracias a una oportuna iniciativa española concretada en la cumbre de Tampere, se están dando pasos muy importantes para mejorar la eficacia de la lucha contra el terrorismo, como la “euro-orden” de busca y captura, la creación de una Fiscalía específica o la

validez internacional de las sentencias. El papel de los europeos puede ser muy importante en esta lucha que ya algunos, con cierta ampulosidad, encuadran en lo que sería una “Tercera Guerra Mundial”. En efecto, Europa, como la gran potencia que es, tiene capacidad para lograr que cristalice y se mantenga viva la coalición deseada, obteniendo adhesiones de algunos países reacios a seguir las propuestas de los Estados Unidos y promoviendo iniciativas encaminadas, sobre todo, a que se rectifiquen algunas derivas del juego político y económico que están creando unas situaciones de desigualdad e injusticia que propician el desarrollo y la extensión del fenómeno terrorista, en cualquier caso moralmente injustificable.

Para España, azotada desde hace demasiado tiempo por este fenómeno, es una buena noticia esta “declaración de guerra activa” al terrorismo en el ámbito mundial, con la autoridad que confieren las Naciones Unidas y el impulso que puede proporcionar el liderazgo norteamericano. De entrada, bueno será que la concertación internacional acabe por despejar las dudas de los tibios, reduzca el prestigio del “pensamiento débil”, facilite la comprensión de un fenómeno cuya percepción se halla enturbiada por el miedo y, sobre todo, evite el peligro que acarrearía la eventual consolidación de una “internacional del terror”. Y la presión internacional contra los etarras y quienes les protegen o sacan partido de su despiadada siembra ya no se verá como un favor que hay que agradecer, sino como una obligación que es necesario exigir.